discursofuneral.es

Querida familia, queridos amigos, gracias por estar aquí hoy para despedir a nuestra Mamá Carmen y para celebrar su vida.

Mamá, naciste en Valladolid un 12 de mayo de 1962 y, desde entonces, tu manera de estar en el mundo fue sencilla y luminosa. Te fuiste el 3 de abril de 2026, con 63 años, dejando una estela de gestos cotidianos que valen más que cualquier discurso.

Creciste entre libros, cuadernos y parques. Estudiaste Magisterio porque te salía del corazón, no de los planes. A los niños les enseñaste a juntar letras y, sin que se dieran cuenta, también a juntar valentía con curiosidad. Treinta y cinco años en aulas de primaria te regalaron cientos de primeros “mamá” y “papá” leídos en voz alta, y también esa sonrisa tuya que aparecía cuando un alumno rompía por fin el miedo y entendía una palabra.

Te casaste con papá, con José Antonio, y compartisteis 38 años de vida. No era un cuento, era una obra conjunta: acordar horarios, regar plantas, discutir por tonterías, volver a reír. Con Luis y conmigo, hiciste familia de la que se sostiene con las manos y la mirada. Y cuando llegó Sofía, te descubrimos en versión abuela: la misma paciencia, el doble de ternura, idéntico sentido del humor suave que aflojaba nudos.

Después de casarte te mudaste a Madrid y te hiciste vecina del barrio como quien se hace cómplice: comisiones de fiestas, biblioteca, mercadillos solidarios, el comedor social de los martes. Sabías escuchar sin prisa y ayudar sin exhibirlo. La honestidad, decías, no necesita envoltorio.

Hoy podría enumerar tus aficiones y parecería una lista, pero en ti todo estaba vivo. Leías cuentos infantiles como si cada uno fuera una linterna. Bordabas con hilo fino, y en cada puntada se te escapaba la serenidad. Caminabas por el

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

parque contando nubes y saludando a los perros por su nombre. En la cocina, la repostería era tu manera de cuidar: bizcochos de domingo que olían a casa antes de abrir la puerta, mermeladas con etiquetas manuscritas, frascos ordenados como si fueran capítulos. Y aquellos marcapáginas que coleccionabas, como si cada historia pidiera su propio compañero de viaje.

Yo te recuerdo, sobre todo, en las tardes de domingo. El horno encendido, el cuenco en alto, y nosotras dos midiendo harina como quien mide confidencias. Hablábamos de anécdotas familiares, de pequeñas torpezas que con tu risa se volvían sabias. A veces reíamos tanto que había que volver a leer la receta porque nadie recordaba si ya habíamos puesto la levadura. En esas tardes me enseñaste sin decirlo que el cariño, para crecer, necesita tiempo y repetición.

Eras generosa, pero también firme cuando hacía falta. Sabías poner límites con una tranquilidad que no hería. Tenías esa autoridad de las personas que no alzan la voz porque no la necesitan. Y tu humor —suave, preciso— desarmaba tensiones. Qué poder el de una frase breve, dicha con pausa, que convertía un enfado en posibilidad.

Como maestra, siempre repetías que la educación es una herramienta de libertad. Como madre, que la familia es primero, pero no para encerrarnos, sino para sostenernos y salir al mundo. Nos hablaste de la honestidad sin adornos: decir lo que es, sin rodeos y sin crueldad. Y del valor de ayudar sin esperar aplausos. Son principios que hoy sentimos, cada uno, como una brújula en el bolsillo.

Te echaremos de menos en cosas muy concretas. Ese abrazo cálido al llegar a casa, que ponía orden en mi día como quien endereza un cuadro torcido. Tu voz tranquila por teléfono: “Cuéntame, pero despacio”. Y esas notas pegadas en la nevera con mensajes cortos que parecían hechos a la medida de la mañana: “Hoy puede salir bien”, “Acuérdate de merendar”, “Orgullosa de ti”. Guardaré una, doblada, en el libro que estoy leyendo. Me servirá de marcapáginas y de compañía.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Gracias, mamá, por enseñarme a ser valiente sin ser dura, y bondadosa sin ser ingenua. Gracias por creer en mí incluso cuando yo me encogía. Por escucharme sin mirar el reloj. Por recordarme que se puede empezar de nuevo un martes cualquiera.

Hoy nos duele despedirte, pero también sabemos celebrarte. Están aquí papá, Luis, la pequeña Sofía —que ya reconoce tu taza en la estantería—, tu hermana Laura, tus sobrinos, tus colegas de escuela y de barrio. Todos traemos un recuerdo tuyo que no cabe en marcos: un consejo a tiempo, una bolsa con tu tupper, una libreta con ideas para una excursión, un marcapáginas prestado que nunca quisimos devolver.

Hay algo más que quiero decirte: nos ocuparemos de que Sofía crezca sabiendo quién eras. Le contaremos que su abuela enseñaba a leer como quien ofrece llaves, que hacía mermelada de fresa los sábados por la tarde, que caminaba despacio para no perderse los detalles. Y que en nuestra familia el humor sirve para aflojar los miedos y el cariño para sostenerse sin aplastar.

También cuidaremos de tus rituales. Pondremos música suave, como te gustaba en los adioses. Y hoy —cuando toque el momento oportuno— leeremos unos versos de Machado. Tú decías que sus poemas entran en la sala sin hacer ruido y se sientan a nuestro lado. Hoy nos hará falta esa compañía.

No sé cómo se mide una vida bien vivida. Tal vez en el eco que deja cada gesto cuando ya no estás para explicarlo. Si es así, tu vida está llena de ecos que nos orientan: la puerta entreabierta en casa, el pan compartido, el cuaderno con tinta azul, el delantal colgado, las manos limpias de juicio y llenas de trabajo.

Mamá Carmen, gracias por todo lo que sembraste y por la forma silenciosa y alegre en que lo hiciste. Nos toca a nosotros continuar. Vamos a intentar estar a la altura de tu ejemplo, con paciencia, con humor, con firmeza. Vamos a escucharnos más, a ayudar sin contarlo, a celebrar los domingos con la casa oliendo a bizcocho.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Te dejamos ir con amor, y te llevamos con nosotros de la única manera que te haría justicia: viviendo como nos enseñaste.

Descansa, mamá. Nosotros seguimos, y cada día, al abrir la nevera o un libro, al amasar harina o atar un lazo de bordado, te encontraremos. Y sonreiremos.

Este discurso fue creado con discursofuneral.es.Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora endiscursofuneral.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es